

SIETE PREGUNTAS AL LOBO

¿Cuándo vamos a dejar de alarmarnos y a comprender que doscientos mil obreros en huelga no son nada frente a los que permanecen en paro con toda normalidad?



¿Cuándo va a comprar Rumasa el Banco de España?



¿Cuándo va a llover de una vez para que dejemos de respirar mierda y podamos tomarla directamente del grifo en nuestras propias casas?



¿Cuándo vamos a colocar en nuestros más importantes puertos de mar la estatua de la libertad bajo fianza?



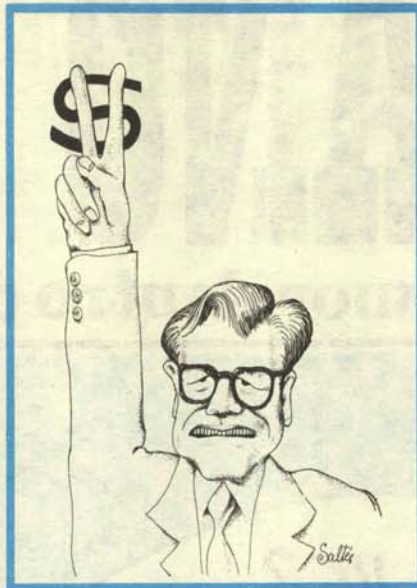
¿Cuántas copas de Europa y otros valores espirituales vamos a tener que empeñar para salir adelante de esta crisis económica?



¿Cuándo van a dejar los comentaristas políticos de interpretar los bostezos de la mayoría silenciosa?



¿Cuándo tendremos asociaciones?



LA SOLEDAD DEL SEÑOR CRUYLLES

El único orador político no aplaudido en treinta y cinco años. ¿Se va de nuevo a Hong-Kong?

EL señor Cruylles, ex subsecretario de la Presidencia del Gobierno, escribió una vez un artículo diciendo cuatro cosas y se tuvo que ir a Hong-Kong a reponerse. (Si cada vez que uno escribe un artículo diciendo cuatro cosas tuviera que irse a Hong-Kong, uno habría acabado ya hablando con la ele como los chinitos.) Con el señor Cruylles, miembro del Consejo Nacional, no ganamos para sustos. El día de la votación de las asociaciones se levantó, se abstuvo, empezó a largar y se vio una vez más que no tenía pelos en la lengua. Ni pelos ni pactos ni enchufes ni compromisos ni mordazas ni nada.

El señor Cruylles, claro, se ganó el silencio. Ni un aplauso, ni un viva. En el silencio que siguió a sus palabras, entró en el Consejo Nacional el ruido de la calle, el bullicio de la mayoría silenciosa, el rumor de la vida. El latido de España, que diría un editorialista a la tercera copa. O sea, que, antes, con tanto aplauso, tanto viva y tanta unanimidad, los señores consejeros no habían podido pararse a escuchar lo que pasaba afuera, en Madrid, en España. Las palabras del señor Cruylles tuvieron la virtud de crear un silencio, un hondo silencio, y en este silencio afloró por fin la realidad múltiple y apremiante de la vida, el pregón del afilador, el grito del trapero, la canción de Manolo Escobar y el ciego de los iguales. Las palabras del señor Cruylles tuvieron la virtud de poner un paréntesis de silencio en aquella fiesta de adhesiones, una pausa de meditación en aquella rueda de oratoria y aplausos. Dicen que los de la mayoría silenciosa pudimos hablar en el Consejo Nacional gracias a la intervención del señor Cruylles. Yo creo que pudimos hablar, más bien, gracias al silencio posterior.

En ese silencio se oía a través de las puertas y las ventanas cerradas el fragor de España, la voz de las mayorías silenciosas y ese grito que pide una de gambas a la plancha. Cruylles ha conseguido ser el único orador del Régimen no aplaudido en estos treinta y cinco últimos años. Y eso es muy difícil en un país que aplaude hasta a don Tancredo. ■ LORD.

